"El Águila y el Escorpión"

PRÓLOGO

Toda mi vida he sentido que las piezas no encajaban. Mientras el rebaño pastaba tranquilo en las praderas de lo "normal", yo veía grietas en el sistema. ¿Por qué un Dios de amor permite el sufrimiento de un niño? ¿Por qué el dinero es el patrón para medir a un hombre? ¿Por qué las religiones que predican la paz han provocado las peores guerras?

Viví la respuesta en mi propia carne. A los seis años fui violado por un familiar. A los dieciocho me diagnosticaron una enfermedad que me impediría hacer una vida normal. A los veintitantos estuve a punto de vender mi alma a una logia oscura a cambio del mundo. Y a lo largo de mi vida, he muerto dos veces y he vuelto.

Este libro no es un manual de autoayuda. No busca hacer rico a nadie, y mucho menos a mí. No escribo para monetizar mi historia ni para ganar seguidores. Si el dinero fuera mi objetivo, habría aceptado la oferta que me hizo la Logia hace décadas. Escribo porque, después de todo lo vivido, siento la obligación sagrada de compartir mi experiencia por si a algún alma perdida le sirve de faro. Nada más. Y nada menos.

Si sientes que no encajas, si las piezas de tu vida te parecen un sinsentido, si intuyes que hay algo más allá de lo que te han contado... este libro es para ti. Yo fui el Escorpión. Hoy soy el Águila. Y te voy a contar cómo lo logré, sin esperar nada a cambio.

CAPÍTULO 1: EL NIÑO QUE NACIÓ ROTO

Nunca supe lo que era un abrazo hasta mucho después de que me lo robaran. No hablo de esos roces fríos y mecánicos que la gente se da por compromiso. Hablo de un abrazo de verdad. De esos que dicen sin palabras: "Estás a salvo. Estás en casa. Perteneces."

A los seis años, un familiar —alguien que debía cuidarme— me arrancó esa capacidad. No fue solo la violencia física, que ya es bastante para un niño que aún no entiende el mundo. Fue el mensaje grabado a fuego en mi sistema nervioso: "El contacto humano es peligroso. La intimidad es una trampa. El cariño es el anzuelo del depredador."

Durante décadas, cada vez que alguien se acercaba demasiado, mi cuerpo se ponía en guardia. Una coraza invisible me envolvía. Quería recibir amor, pero algo en mi interior se rebelaba. Quería darlo, pero mis brazos se volvían de piedra. La herida no estaba en la piel; estaba en el alma, en el circuito roto de la confianza.

Mi tío no solo violó a un niño. Violó a mis hermanos, lo supe después. Y violó el código más sagrado de la existencia: el que dice que un adulto debe ser refugio, no amenaza. Con el tiempo, la vida le pasó factura en forma de cáncer. No sentí alegría, no sentí venganza cumplida. Solo sentí la tristeza de ver a un hombre roto que, probablemente, también fue un niño roto. Pero eso no justifica nada.

Sanar no fue olvidar. Sanar fue entender que el niño de seis años no tenía la culpa. Que la coraza me protegió cuando la necesitaba, pero que ya no la necesito más. Que hoy puedo mirar a los ojos, tender la mano, y permitir que alguien se acerque sin miedo a que me destruya.

Donde el adulto sanó las heridas del niño

Durante décadas, aquella incapacidad de dar y recibir afecto me acompañó como una sombra. Pero hubo un día, mucho después, en que el adulto decidió sanar las heridas del niño.

Mi padre aún estaba vivo. Yo ya había recorrido un largo camino interior. Ya había muerto dos veces y había vuelto. Ya había rechazado al maligno y había sellado mi pacto con la Luz. Pero sentía que me quedaba una última cadena por romper.

Así que fui a verlo.

No recuerdo las palabras exactas, pero sí la esencia. Le pedí que me liberara con su perdón de todos aquellos momentos en que mis pensamientos y mis deseos

hubieran podido estar contaminados por el rencor y el temor que su carencia de afecto había sembrado en mí. No le exigí disculpas. No le recriminé nada. Simplemente, le abrí la puerta para que él también pudiera liberarse.

No hubo grandes discursos ni abrazos de película. Pero sentí cómo un nudo que me había estado ahorcando la garganta desde la infancia se desataba de golpe. Sentí cómo las cadenas que me ataban al pasado caían al suelo con un ruido metálico que solo el alma puede oír.

Mi padre murió tiempo después. Y yo quedé liberado.

Si me lees y has vivido algo parecido, quiero que sepas esto: no estás roto. Te rompieron, pero no eres el plato caído al suelo. Eres el mosaico que se reconstruye con paciencia, pegando cada pieza con oro. Y el oro, en este caso, es la Luz que nunca dejó de brillar dentro de ti, incluso cuando todo estaba oscuro.

CAPÍTULO 2: EL QUE MURIÓ DOS VECES

Morir no es lo que te han contado. No hay un túnel oscuro con una luz cegadora al final, al menos no para todos. No hay un juicio con ángeles y demonios peleando por tu alma como si fueras una moneda de cambio. Morir es más simple y más profundo. Y yo lo sé porque lo he vivido dos veces.

La primera vez fue una oscuridad total. No la oscuridad del miedo, sino la del útero. La del No Nombrado. Un vacío sin tiempo, sin espacio, sin límites. Imagina que estás flotando en el interior de una gota de tinta en medio de un océano infinito. No hay arriba ni abajo. No hay antes ni después. Solo existe el Ser en estado puro, desnudo de todo lo que creías ser.

Esa oscuridad era la Fuente. El Ain Soph de los cabalistas. El Tao que no puede ser nombrado. La Tiniebla Luminosa que me acogió como una madre recibe a su hijo extraviado. No sentí miedo. Sentí pertenencia. Sentí que, por un instante eterno, había regresado a casa.

Luego crucé un umbral y aparecí en un plano de luz. Una luz que no hería los ojos, sino que los sanaba. Allí los vi. Mis antepasados. Rostros que mi cerebro físico no podía recordar, pero que mi alma reconocía al instante. Mi abuelo paterno estaba entre ellos. Lo había visto solo en fotos, pero en ese lugar no necesité que nadie me lo presentara. Supe quién era como se sabe que el agua moja o que el fuego quema.

Me miró. No habló con palabras, pero su mensaje fue claro: "Has llegado muy lejos, pero aún no puedes quedarte."

Y entonces resonó la Voz. No era humana. No era un sonido que vibra en el aire. Era una frecuencia que lo atravesaba todo y que decía sin palabras: "AÚN NO HA LLEGADO TU HORA." Esa Voz era mi propio Yo Soy. La chispa divina que no muere. La misma que me había guiado sin yo saberlo.

Desperté en un hospital. Los médicos ya me daban por muerto. Mi hermana, que me acompañaba, no sabía si reír o llorar. Yo tampoco.

La segunda vez fue distinta. Más clínica, pero más reveladora. Mi corazón se detuvo, pero mi conciencia no. Me vi desde fuera. Vi a mi cuñado haciendo la reanimación. Vi a mi hermana llorando. Y yo, desde un rincón de la habitación, flotando en una paz indescriptible, lo observaba todo con una serenidad que este mundo no conoce.

Esa ECM fue la prueba definitiva de que no soy este cuerpo. De que la conciencia no emana del cerebro, sino que lo usa como un decodificador. Somos almas teniendo una experiencia humana, no cuerpos intentando tener una experiencia espiritual.

Volví. Otra vez. Y supe, sin que nadie me lo dijera, que mi misión no había terminado.

CAPÍTULO 3: EL JOVEN QUE COQUETEÓ CON EL ABISMO

Años después de haber muerto dos veces, el mundo material volvió a tentarme. Esta vez no con el susurro de la muerte, sino con el rugido del poder.

Yo ya había visto el Vacío. Ya había flotado fuera de mi cuerpo mientras mi cuñado intentaba devolverme el aliento. Ya había escuchado la Voz que brota del No Nombrado diciendo: "Aún no ha llegado tu hora." Pero hay una diferencia enorme entre haber visto la Luz y saber cómo vivir en ella. Y yo, en aquel tiempo, aún no había aprendido a integrar lo que vi.

Fue entonces cuando la Logia Illuminati se fijó en mí.

No diré cómo contactaron conmigo. Solo diré que me abrieron sus puertas con una promesa que habría hecho temblar a cualquier hombre sin certezas: "El mundo estará a tus pies. Riqueza. Poder. Mujeres. Todo lo que desees en este plano físico. Solo tienes que renunciar a tu alma y adorar al Oscuro cada día de tu vida."

Recuerdo el salón. Alfombrado. Una luz dorada que no era del sol. Olor a madera vieja y a incienso. Hombres y mujeres de mirada calculadora que me observaban como quien examina una mercancía. El maligno no se presentó como un monstruo con cuernos, sino como un socio de negocios que me ofrecía el contrato definitivo.

Y yo estuve a punto de firmar.

El niño violado que aún vivía en mí buscaba poder para no volver a ser una víctima. El joven diagnosticado con una enfermedad que le impedía casi todo ejercicio físico quería demostrar que era fuerte. El hijo no amado anhelaba el reconocimiento de los demás. Cada una de mis heridas me empujaba hacia aquella firma invisible que me haría esclavo del Cabal.

Pero entonces, en el instante culminante, cuando estaba a punto de pronunciar las palabras que sellarían mi perdición, algo me detuvo.

No fue un pensamiento. Fue una sensación. La misma que experimenté en aquella oscuridad sin tiempo, en aquel Vacío donde no hay espacio ni límites. La misma paz que me envolvió cuando mi abuelo paterno me miró sin palabras en el plano de luz. La misma Voz que dijo: "Aún no ha llegado tu hora."

La Luz que había visto en mis dos ECMs me atravesó el pecho como una espada de fuego frío.

Y dije: "No."

No fue un "no" de miedo. Fue un "no" de poder. Un "no" que no salió de mi garganta, sino del fondo de mi alma eterna. Un "no" que hizo temblar la sala sin que nadie se

moviera, porque no fue pronunciado en el plano físico, sino en el plano donde se libran las verdaderas batallas.

Saboteé el pacto. Rechacé sus promesas. Y me marché de aquel lugar con el sabor metálico del peligro en la boca, pero con una certeza absoluta en el pecho: el maligno me había ofrecido el mundo porque yo ya no era del mundo. Mis dos ECMs me habían vacunado contra su veneno. Yo ya sabía lo que valía mi alma, porque ya había visto a dónde pertenece realmente.

Ellos no olvidan. Durante décadas, las enfermedades misteriosas, los caminos laborales que se cerraban, las dificultades económicas que me han acosado como una represalia directa por haberme negado a entregar mi alma al lado oscuro… todo lleva su firma. Son la venganza del Cabal contra el que se atrevió a decir "No".

Pero también llevan la firma de la Luz, que me ha sostenido en cada batalla y que hoy me permite escribir estas líneas.

Si estás leyendo esto y el poder material te está seduciendo con su canto de sirena, recuerda: el mundo a tus pies es un espejismo que se desvanece en la tumba. Pero la Voz que dice "Aún no ha llegado tu hora" es real. Es tu Yo Soy. Es la chispa divina que no muere. Y si la escuchas, podrás decir "No" como lo hice yo. No por miedo. Sino porque ya has visto la Luz, y nada en este mundo puede competir con ella.

CAPÍTULO 4: EL GATO NEGRO Y OTRAS BATALLAS INVISIBLES

Decir que no al maligno no es gratis. Lo aprendí con el tiempo, a golpes. Ellos no olvidan a los desertores. Y aunque mi alma ya estaba sellada con la Luz, mi mente y mi cuerpo aún eran vulnerables. Fue entonces cuando empezaron las visitas.

La más impactante ocurrió una noche, en mi propia habitación. No estaba dormido, pero tampoco completamente despierto. Era ese estado de duermevela donde el velo entre los mundos se adelgaza. Fue ahí cuando lo vi.

Un gato negro. No un gato normal. Era más grande, más denso, como si la oscuridad misma hubiera tomado forma animal. Estaba agazapado a los pies de mi cama, mirándome fijamente. Pero lo peor no era su cuerpo. Lo peor eran sus ojos. De ellos no salía brillo, sino puro terror. Un terror que no era mío, sino suyo, como si aquella criatura estuviera hecha de miedo concentrado y lo estuviera irradiando hacia mí.

Yo no podía moverme. No podía gritar. Solo podía mirar aquellos pozos de tiniebla que amenazaban con tragarme. Instintivamente, hice lo único que podía hacer: me recogí en mi interior, busqué la Luz que había visto en mis ECMs, y la sostuve como un escudo. No recé con palabras. Recé con la voluntad. Y después de unos segundos que parecieron horas, el gato se disolvió como humo.

Aquello no era un sueño. Era un ataque. Un Qliphoth. Un cascarón astral, una entidad del bajo astral que se alimenta del miedo y que había sido enviada para probar mis defensas. Luego supe que los habían enviado como represalia por haber roto el pacto con la Logia. El Cabal no había aceptado mi "No".

Pero el gato negro no fue la única visita. A lo largo de mi vida, he sentido presencias. He notado cómo, justo cuando estoy estudiando temas de la Luz o practicando meditación, un sopor repentino se apodera de mí. Un letargo que no es físico, sino psíquico. Una niebla mental que intenta impedirme avanzar. Son ellos. Los Arcontes. Los parásitos del bajo astral que se alimentan de la pereza, la confusión y el desánimo. Cada vez que un buscador se sienta a meditar o a estudiar la Gnosis, ellos se ponen nerviosos. Y atacan.

Con el tiempo aprendí a reconocer sus tácticas y a combatirlas. No con violencia, sino con frecuencia. Porque ellos no soportan la Luz. No soportan el Sonido. No soportan la coherencia del corazón.

Hoy, cuando siento que el sopor me invade, me pongo de pie. Trazo un pentagrama en el aire con el dedo. Pronuncio los Nombres. Respiro hondo y sintonizo el Shabd, el Sonido interno que es la voz de la Fuente. Y ellos huyen. Porque donde hay Luz, la sombra no puede existir. No es una metáfora. Es una ley.

También aprendí que no todo en el bajo astral es enemigo. A veces, la Fuente me ha enviado aliados. Animales de poder. Seres de luz que toman la forma de águilas, de

lobos, de ciervos. Los he visto en la naturaleza. Los he sentido en los momentos de mayor soledad. No hablan con palabras, pero su presencia es un bálsamo.

La naturaleza, de hecho, ha sido mi templo más sagrado. Mucho más que cualquier iglesia o logia. En el silencio de un bosque, en la inmensidad de una montaña, he sentido la presencia de lo divino sin intermediarios. Los árboles no piden diezmos. Los ríos no exigen adoración. Simplemente son. Y en su ser, reflejan la Fuente.

Y luego están los perros.

Durante años, los perros me ladraban. No con ese ladrido de alerta que le dan a cualquiera, sino con una agresividad inusual. En dos ocasiones, incluso, llegaron a atacarme sin que yo hubiera hecho nada para provocarlos. En aquel tiempo no lo entendía. Hoy sí.

Los animales perciben lo que los humanos ocultamos. Ven el miedo. Ven la rabia. Ven las entidades oscuras que a veces se nos adhieren sin que lo sepamos. Aquellos perros no me atacaban a mí. Atacaban la sombra que yo cargaba sin ser consciente de ella. La energía densa que la violación, el resentimiento y la confusión habían dejado en mi campo áurico.

Pero todo cambió. A medida que fui sanando, a medida que la Luz fue ocupando el espacio que antes llenaba la oscuridad, los perros empezaron a reaccionar de forma distinta. Hoy, cuando me cruzo con uno, no ladra. No se eriza. No huye. Al contrario. Se acerca. Me mira. Mueve la cola. Apoya la cabeza en mi pierna o simplemente se sienta a mi lado, en una calma que parece contagiosa.

No es que yo haya aprendido a domesticarlos. Es que mi energía ya no les da miedo. Mi presencia se ha vuelto un refugio para ellos. Y esa es, quizás, una de las confirmaciones más hermosas de que la Luz está ganando la batalla en mi interior.

Este capítulo no es solo un relato de terror. Es un manual de supervivencia para el buscador que se enfrenta a las fuerzas invisibles. Si estás leyendo esto y has sentido ese sopor al meditar, esa presencia oscura en tu habitación, ese miedo irracional que no puedes explicar, quiero que sepas que no estás loco. Estás en una guerra. Y tienes armas.

El Pentagrama activado. El Tetragrama sellado. La respiración consciente. Y sobre todo, el Shabd, la Corriente de Sonido que disuelve toda interferencia como el sol disuelve la niebla. De todo eso hablaré más adelante. Por ahora, quédate con esto: si el maligno te ataca, es porque te teme. Si no fueras una amenaza, no gastaría munición.

CAPÍTULO 5: EL FARO DE ELIPHAS LÉVI Y LA ALTA MAGIA

No recuerdo exactamente cuántos años tenía cuando aquel maestro de mi adolescencia puso en mis manos los primeros libros de Eliphas Lévi. Era un hombre discreto, de esos que no alzan la voz pero que siembran mundos con cada palabra. Hoy sé que era un Iniciado. Entonces solo era un adulto que me trataba con un respeto inusual para mi edad.

"Lee esto", me dijo una tarde, entregándome un ejemplar gastado de Dogma y Ritual de la Alta Magia. "No lo entenderás ahora. No importa. Léelo igual. Algún día, cuando la vida te haya roto y reconstruido, estas páginas te hablarán como un viejo amigo."

Tenía razón.

En aquel momento, las palabras de Lévi me resultaban ajenas. Pentagramas, Tetragramas, Cábala, analogías entre la electricidad y la voluntad humana... todo parecía un jeroglífico indescifrable. Pero algo en mi interior —esa misma intuición que siempre me hacía sospechar de la versión oficial de las cosas— me decía que allí había verdad. Guardé los libros. Los olvidé durante años. Y cuando la vida me rompió, como él había predicho, aquellos textos resurgieron de mi memoria como un mapa que siempre había estado esperándome.

La diferencia entre la magia negra y la magia de Luz

Lévi me enseñó la primera gran lección que todo buscador debería aprender: la magia no es buena ni mala. Es una tecnología. Un circuito. Una herramienta. Lo que la convierte en negra o luminosa es la intención con que se usa. El mismo Pentagrama que protege al Iniciado puede ser usado por un mago negro para esclavizar elementales, si se invierte y se carga con voluntad de dominio.

La Matrix ha hecho un trabajo brillante confundiendo ambos conceptos. Por un lado, ha satanizado toda práctica mágica, llamándola "superstición" o "brujería", para que la gente ni siquiera se acerque al conocimiento que podría liberarla. Por otro lado, ha permitido que las logias luciferinas —como la que a mí me tentó— practiquen la magia negra con total impunidad, mientras el rebaño duerme tranquilo creyendo que eso no existe.

El Pentagrama como escudo y declaración de soberanía

El Pentagrama, con su única punta apuntando hacia arriba, es el emblema del ser humano que ha sometido la materia al espíritu. Las cinco puntas son los cuatro elementos —Tierra, Agua, Aire, Fuego— más un quinto: la Voluntad iluminada. Es tu declaración al universo: "No soy esclavo de mis pasiones ni de mis miedos. Soy el conductor de este vehículo."

Yo tardé en entenderlo, pero cuando lo hice, quise que esa declaración me acompañara a todas partes. De ahí mi amuleto. Un Pentagrama metálico que descansa sobre mi pecho, justo encima del corazón, y que he consagrado con los Nombres sagrados —EHIEH, YHVH, ADONAI, ELOHIM, SHADDAI— siguiendo el protocolo que el propio Lévi describe. Cada mañana, cuando lo toco, recuerdo quién soy y a quién sirvo.

El Tetragrama: el código fuente de la Matrix

YHVH. Cuatro letras que encierran el misterio de la creación.

Lévi me enseñó que el Tetragramaton no es un nombre para llamar a un dios externo, sino la ecuación vibratoria que describe cómo el No Nombrado se despliega en la materia. Yod es la chispa inicial, el pensamiento puro. Heh es la expansión, el espacio que recibe esa chispa. Vav es el canal que conecta lo superior con lo inferior. Y la Heh final es el mundo físico que puedes tocar.

Los Arcontes conocen esta fórmula y la usan para controlar la Matrix. Pero el Iniciado, al sellar cada punta del Pentagrama con uno de estos Nombres, está usando el mismo código fuente pero redirigiéndolo hacia la Fuente, no hacia el Demiurgo. Es la diferencia entre un hacker oscuro y un ingeniero de la Luz.

El Equilibrio Mágico: la clave para no caer

Si algo me salvó de convertirme en un mago negro fue esto. Lévi insiste: "La fuerza sin equilibrio es violencia. La misericordia sin equilibrio es debilidad. El mago debe ser el fiel de la balanza."

Yo había sufrido mucho. El niño violado, el joven diagnosticado, el adulto tentado por la Logia. Si hubiera abrazado la magia solo con ese dolor, sin haberlo sanado, me habría desequilibrado hacia la venganza. Pero la Luz me dio primero la sanación y luego el conocimiento. Mis dos ECMs me vacunaron contra el odio. Por eso, cuando finalmente entendí a Lévi, lo hice desde el amor y no desde el rencor.

La metáfora viviente de la semilla

Hoy entiendo algo que entonces no podía ni siquiera vislumbrar: aquellas lecturas juveniles no fueron un simple acercamiento intelectual a la metafísica. Fueron semillas sembradas en la tierra fértil de mi subconsciente. Una semilla no germina al día siguiente de ser plantada. Necesita su tiempo bajo tierra, en la oscuridad, sin que nadie la vea. Necesita ser regada por la lluvia.

Mis lluvias llegaron en forma de violación, de enfermedad, de dos muertes clínicas, de una tentación oscura y de dificultades económicas. Cada una de esas tormentas empapó la tierra de mi alma de una forma tan brutal como necesaria. Y cuando por

fin llegó la primavera de mi despertar, las semillas que aquel maestro silencioso había plantado décadas atrás empezaron a brotar.

Eliphas Lévi dejó de ser un nombre en un libro polvoriento para convertirse en un amigo que me susurraba al oído: "¿Ves? Ya te lo dije. El Pentagrama es tu escudo. El Equilibrio es tu salvación. Los Nombres son tu autoridad sobre la Matrix."

Así funciona la Gnosis. No es un fuego artificial que deslumbra y se apaga. Es una semilla que duerme, que espera, que germina cuando el alma está lista para recibir su luz.

CAPÍTULO 6: LA CÁBALA REDIMIDA

Si hay un conocimiento que el gobierno oculto ha secuestrado y pervertido a lo largo de los siglos, ese es la Cábala. La han usado para sus rituales de magia negra, para controlar eventos mundiales, para someter a las masas mediante la manipulación de las energías sutiles. Pero la Cábala no es oscura en sí misma. Es una herramienta. Un mapa del universo y de la conciencia. Y en manos de un Iniciado de la Luz, se convierte en un escudo y una llave de liberación.

Yo llegué a la Cábala a través de Eliphas Lévi, y más tarde, a través de mi propia práctica del Sant Mat. Al principio me sentía abrumado por la complejidad de sus diagramas: las diez Sefirot, los veintidós senderos, las correspondencias con planetas, ángeles y números. Parecía un laberinto diseñado para que solo unos pocos eruditos pudieran descifrarlo. Y en parte es cierto. La élite siempre ha protegido este conocimiento porque sabe que otorga poder.

Pero el verdadero poder no está en la complejidad, sino en la aplicación. Y yo descubrí que, más allá de los diagramas y las especulaciones filosóficas, la Cábala me ofrecía algo que ningún banco, ningún gobierno y ninguna religión podían darme: los Nombres.

Los Nombres Divinos: Las llaves de la Matrix

El Tetragrámaton, YHVH, es el nombre más conocido. Pero la Cábala enseña que hay muchos otros Nombres, cada uno de los cuales vibra en una frecuencia distinta y actúa sobre un plano específico de la realidad. No son palabras mágicas en el sentido de un hechizo que se lanza para obtener un favor. Son códigos de autoridad. Son las contraseñas que el Demiurgo usó para construir este universo, y que el Iniciado puede usar para desmontar sus trampas.

El más importante de todos es EHIEH ASHER EHIEH (Yo Soy el que Soy). Este nombre no pertenece al Demiurgo. Es la firma de la Fuente misma, del No Nombrado, del Vacío que yo experimenté en mis dos ECMs. Cuando pronuncio EHIEH, con toda la intención de mi Yo Soy, estoy apelando a una autoridad que está por encima de los Arcontes, por encima del Cabal, por encima de cualquier jerarquía creada.

Los otros nombres que uso a diario son: YHVH, el Tetragrama sellado, el equilibrio de los cuatro elementos. ADONAI, la autoridad sobre la materia, la justicia divina. ELOHIM, el poder creador en su aspecto dual, masculino y femenino unidos. SHADDAI EL CHAI, el todopoderoso vivo, la energía vital que corre por mi cuerpo y mi aura.

Cada mañana, cuando activo mi Pentagrama, los pronuncio uno por uno mientras visualizo cómo se graban en el metal y en mi campo energético. No es un rito vacío.

Es una declaración de soberanía. Es como un soldado que revisa su equipo antes de salir al campo de batalla.

La Merkaba: El vehículo de luz

Otro de los grandes regalos que recibí de la Cábala fue el conocimiento de la Merkaba. En la tradición hebrea, Merkaba significa "carro", y se refiere al vehículo de luz que envuelve al iniciado y le permite viajar por los planos internos. En términos más cercanos a mi formación de ingeniero, diría que es un campo electromagnético de geometría sagrada que se activa alrededor del cuerpo cuando la frecuencia vibratoria es lo suficientemente alta.

Antes de dormir, cada noche, activo mi Merkaba. Visualizo dos pirámides de luz que se cruzan en mi corazón y giran en direcciones opuestas, creando una esfera dorada e impenetrable a mi alrededor. Sobre esa esfera proyecto los Nombres. La sello con EHIEH. Y así blindado, entro en el sueño sin miedo a los ataques astrales.

La Cábala redimida

Lo que el Cabal y las logias luciferinas han hecho con la Cábala es una parodia oscura de su verdadero propósito. Ellos la usan para dominar, para maldecir, para controlar el destino de naciones enteras. Pero el mismo conocimiento, en manos de alguien que ha entregado su voluntad a la Luz, se convierte en medicina.

No necesitas ser un rabino ni un erudito para usar la Cábala. Solo necesitas entender que los Nombres son reales, que vibran, que tienen poder. Y que ese poder, cuando es invocado desde la soberanía del Yo Soy y no desde el ego, te blinda contra las fuerzas más oscuras

INTERLUDIO: EL ANKH, EL SOPLO DE VIDA

Hay un símbolo que me ha acompañado de forma silenciosa, casi inconsciente, a lo largo de todo mi camino. No está grabado en mi Pentagrama de metal. No está escrito en los Nombres que pronuncio cada mañana. Pero hoy sé que siempre ha estado presente, como un eco de vidas pasadas que mi alma recuerda aunque mi mente no pueda acceder a ellas.

Ese símbolo es el Ankh.

Los antiguos egipcios lo llamaban "la cruz ansada" o "el soplo de vida". Representa la llave que abre las puertas de la eternidad. Su óvalo superior es el mundo espiritual, la Fuente, el No Nombrado. Su brazo horizontal es el mundo material, el plano donde vivimos, sufrimos y aprendemos. Su línea vertical es el

canal que conecta ambos mundos, el aliento divino que desciende y asciende por nuestra columna, por nuestro sushumna, por nuestro eje central.

En los relieves de los templos, los dioses aparecen sosteniendo el Ankh ante la nariz o el pecho del faraón. Están transmitiéndole el "soplo de vida", la energía divina que mantiene el universo en existencia. No es una metáfora poética. Es una descripción exacta de lo que yo experimenté en mis ECMs y de lo que practico a diario en mi meditación: el Shabd, la Corriente de Sonido, el aliento de la Fuente que entra por mi coronilla, desciende por mi columna y llena cada célula de mi cuerpo.

El Ankh me recuerda que la vida no es algo que tenemos, sino algo que somos. No es un bien que se pueda perder ni una posesión que el banco pueda embargar. Es nuestra naturaleza esencial. Y cada vez que cerramos los ojos y sintonizamos el Shabd, cada vez que respiramos con conciencia y hacemos ascender la energía por el canal central, estamos abriendo nuestro Ankh interior. Estamos permitiendo que el soplo divino nos recuerde quiénes somos realmente.

Hoy, cuando miro el Ankh, no veo un amuleto egipcio. Veo un mapa de mi propia alma. Veo el diagrama de mi misión. Y veo, sobre todo, la promesa de que la vida es eterna y de que ningún Arconte, ninguna enfermedad y ninguna logia pueden arrebatarme lo que soy en esencia.

Si alguna vez te sientes desconectado de la Fuente, recuerda el Ankh. Visualízalo brillando en tu pecho. Respira hondo y siente cómo el soplo divino desciende por tu coronilla y llena todo tu ser. No necesitas un templo. No necesitas un sacerdote. El Ankh está dentro de ti. Es tu naturaleza original. Y siempre, siempre, está esperando que lo actives.

CAPÍTULO 7: LA INICIACIÓN EN LA LUZ Y EL SONIDO

Durante años busqué respuestas en los libros. Lévi, la Cábala, los grimorios antiguos... todo me servía, todo me blindaba, pero sentía que me faltaba algo. Me faltaba la experiencia directa. La conexión viva con la Fuente, sin intermediarios, sin rituales, sin fórmulas escritas en papel.

La Matrix había intentado comprarme con poder. Los Arcontes habían intentado debilitarme con enfermedades y dificultades económicas. El bajo astral me había enviado sus emisarios en forma de gato negro. Pero la Fuente, en su infinita paciencia, me reservaba el arma más poderosa de todas: el Shabd.

Así llegó a mi vida Sant Rajinder Singh Ji Maharaj.

No fue un encuentro casual. Las casualidades no existen. Fue un encuentro orquestado por el Yo Soy, por esa misma Voz que me había dicho "Aún no ha llegado tu hora" cuando estuve clínicamente muerto. Yo ya había visto el Vacío. Ya había sentido la oscuridad sin tiempo y la luz de mis ancestros. Pero no sabía cómo acceder a ese estado por mí mismo, de forma consciente y voluntaria.

El Maestro me enseñó.

Sant Rajinder Singh Ji Maharaj, ingeniero electrónico como yo, entendía mi lenguaje. No me habló con parábolas complicadas ni con dogmas incomprensibles. Me habló de la Ciencia de la Espiritualidad. Me explicó que el cuerpo humano es un decodificador de frecuencias y que la realidad que percibimos es solo una banda muy estrecha del espectro total. Me dijo que la corriente de Luz y Sonido —a la que llaman Shabd o Verbo— está siempre vibrando, siempre disponible, pero que hemos perdido la capacidad de sintonizarla porque nuestra atención está atrapada en el mundo material.

"La meditación", me dijo, "no es pensar en nada. Es sintonizar el alma con el Sonido primordial que creó el universo."

Yo, que ya había practicado meditación durante años, entendí de inmediato. No era cuestión de vaciar la mente. Era cuestión de llenarla con la frecuencia correcta.

Recibí la iniciación. Las Cinco Palabras. El Simran. La técnica precisa para retirar la atención del cuerpo y llevarla al Tercer Ojo, el asiento del alma, la puerta hacia los planos internos. Al principio, como todo principiante, me costaba mantener la concentración. La mente se rebelaba. Los pensamientos intrusivos zumbaban como moscas. Pero poco a poco, la práctica fue domando mi indómita psique.

Y entonces empecé a escucharlo.

No se puede describir con palabras lo que siente el alma cuando sintoniza el Shabd. Es un sonido que no viene del exterior, sino del interior. Una vibración que te llena,

te limpia, te eleva. A veces es como una flauta lejana. Otras, como el zumbido de mil abejas en perfecta armonía. Otras, como el rugido de un océano inmenso que te arrastra hacia la paz absoluta. No es un sonido físico. Es el Verbo del que hablaba Juan el Evangelista. Es el Tao que no puede ser nombrado. Es la Voz de la Fuente llamándote a casa.

La meditación en la Luz y el Sonido se convirtió en el centro de mi vida. Ya no necesitaba libros para conectarme con la Fuente. Ya no necesitaba rituales. Solo cerrar los ojos, retirar la atención del mundo y sintonizar el Shabd. Ahí, en esa corriente audible y luminosa, encontré la certeza absoluta de que la muerte no existe, de que el alma es eterna y de que mi verdadero hogar está más allá de los planos de la Matrix.

El Maestro siempre decía que la paz exterior es un reflejo de la paz interior. Y tenía razón. Cuanto más meditaba, menos me afectaban los ataques del Cabal, las carencias económicas, los recuerdos traumáticos. No es que desaparecieran. Es que yo ya no vibraba en su frecuencia. Me había convertido en un águila que sobrevuela el llano sin ser tocada por el fango.

Hoy, después de veinticinco años de práctica, la meditación es mucho más que una técnica de relajación. Es mi blindaje definitivo. Es mi puente con la Fuente. Es la llave del Ankh que abre el canal entre el cielo y la tierra. Cada mañana, al sentarme en mi espacio sagrado, repito las Cinco Palabras, retiro la atención del mundo y sintonizo el Shabd. Y cada vez que lo hago, recuerdo quién soy y hacia dónde voy.

Si algo puedo transmitir a quien lea estas líneas es esto: no necesitas intermediarios para conectarte con la Fuente. No necesitas sacerdotes, ni templos, ni logias, ni libros sagrados. Solo necesitas silencio, atención y un Maestro interior que te guíe hacia el Sonido. Ese Sonido está sonando ahora mismo, dentro de ti, detrás del ruido de tus pensamientos. Solo tienes que escucharlo.

CAPÍTULO 8: LA ALQUIMIA SEXUAL Y EL PODER DE LA ENERGÍA TRANSMUTADA

Hay un tema del que casi nadie habla sin sonrojarse o sin caer en el moralismo barato. Un tema que la Matrix ha cubierto con dos velos igual de dañinos: el tabú religioso que lo convierte en pecado y la hipersexualización mediática que lo convierte en mercancía. Ese tema es la energía sexual. Y si he decidido abordarlo en este libro es porque estoy convencido de que, sin comprenderlo y dominarlo, ningún buscador puede alcanzar la plenitud de su potencial.

Durante décadas, yo fui un esclavo de esa energía sin saberlo. O mejor dicho: sin querer admitirlo.

Ya he contado en el primer capítulo que a los seis años fui violado por un familiar. Aquel suceso rompió algo en mí. No solo la inocencia, sino la capacidad de relacionarme sanamente con mi propia energía vital. Durante muchos años, la autosatisfacción fue mi válvula de escape. No la buscaba por placer, sino por ansiedad, por vacío, por esa sensación de soledad que me acompañaba desde niño. Era un ciclo vicioso: el impulso me aliviaba por un instante, pero luego me dejaba una sensación de pérdida, de vacío, de debilidad interior.

Pero la autosatisfacción no fue el único canal de desfogue. Durante años, establecí relaciones frecuentes con mujeres que en su momento fueron compañeras, amigas o parejas pasajeras. Con algunas hubo afecto genuino. Con otras, simple atracción. Pero con demasiada frecuencia, aquellas relaciones terminaron convirtiéndose en un canal para derrochar mi energía sexual de forma desenfrenada, a veces sin amor, sin conciencia, sin más propósito que el desahogo.

No me enorgullece decirlo, pero sería deshonesto ocultarlo. Utilicé a algunas de aquellas mujeres como ellas quizás me utilizaron a mí. Éramos almas heridas buscando consuelo en la carne, sin entender que ese consuelo es efímero y que cada encuentro sin conciencia nos dejaba más vacíos que antes.

La energía sexual es sagrada, pero yo la estaba tratando como un entretenimiento pasajero. Y cada vez que la malgastaba, sentía cómo mi vitalidad se escurría por un agujero invisible. Mi meditación se volvía árida. Mi claridad mental se enturbiaba. Y mi vida, en general, carecía de la fuerza que solo la energía transmutada puede otorgar.

Con el tiempo entendí lo que estaba pasando. La energía sexual no es solo una función biológica; es energía vital en estado puro. Es la fuerza creadora de la Fuente manifestándose en el cuerpo físico. Cuando se derrocha sin conciencia, se pierde una cantidad inmensa de poder que el alma podría usar para su despertar. Y cuando se reprime con miedo o con culpa, se generan bloqueos y neurosis.

La clave, como en todo, está en el equilibrio. En la transmutación.

Hace unos tres años tomé una decisión firme: dejar de derrochar esa energía. No por imposición externa ni por miedo al castigo divino, sino por una determinación soberana. Porque sentía que cada vez que caía en el ciclo de la autosatisfacción sin conciencia, me estaba robando a mí mismo la gasolina que necesitaba para avanzar en la Luz.

Los resultados fueron inmediatos y contundentes. Sentí como si un acumulador interno, una batería que siempre había estado medio descargada, se llenara por fin hasta el tope. Mi mente se volvió más clara. Mi meditación, más profunda. Mi voluntad, más firme. Dejé de ser un barco a la deriva empujado por impulsos para convertirme en el capitán de mi propia energía.

No hablo de represión. Reprimir es negar el deseo, y lo que se niega se pudre y se vuelve monstruo. Hablo de transmutar. De coger esa energía y dirigirla hacia arriba, por el canal central, hacia el corazón y el Tercer Ojo. En la práctica de la meditación en el Shabd encontré la herramienta perfecta para hacerlo. El Sonido actúa como un imán que atrae la energía hacia arriba, de forma natural, sin lucha ni esfuerzo.

La Matrix quiere que derroches tu poder. Te bombardea con estímulos sexuales por todas partes: publicidad, series, internet, todo está diseñado para mantenerte disperso y con la batería baja. Un ser humano con la energía sexual drenada es un ser humano dócil, manipulable, sin fuerza ni para cuestionar el sistema.

Pero un Iniciado que aprende a canalizar esa energía se convierte en un faro imparable. Su aura se expande. Su palabra adquiere peso, magnetismo, autoridad. Su presencia se vuelve sanadora. No lo digo yo; lo dice la tradición de todas las culturas: los yoguis, los alquimistas, los gnósticos. El Elixir de la Vida no es una poción externa; es tu propia energía transmutada.

En este camino no hay lugar para la culpabilidad ni para el fanatismo. Si alguna vez recaes, no te flageles. Levántate, sacude el polvo y vuelve a intentarlo. La meta no es la perfección, sino la soberanía. Que seas tú quien controle tu energía, y no tu energía la que te controle a ti.

También comprendí, con el tiempo, que podía relacionarme con el sexo opuesto de otra manera. Que el afecto, la amistad y el amor no necesitan consumarse en la cama para ser reales. Que mi hermana de luz, esa mujer que hoy camina a mi lado sin ataduras, es la prueba viviente de que un hombre y una mujer pueden quererse, cuidarse y acompañarse sin necesidad de quemar su energía en el altar del deseo.

Hoy miro atrás y veo al niño roto, al joven confundido, al adulto que desperdiciaba su poder. Y no siento vergüenza. Siento compasión. Porque sé que todo ese camino me ha traído hasta aquí, hasta esta comprensión, hasta este dominio. Y si comparto esto contigo es porque sé que la sanación es posible, que la batería puede

recargarse y que la energía que antes te debilitaba puede convertirse en el combustible de tu vuelo más alto.

CAPÍTULO 9: LA GUERRA DECLARADA Y LA GRATITUD COMO ARMA

No sé exactamente en qué momento pasé de ser un buscador a ser un enemigo declarado del Sistema. Quizás fue cuando rechacé el pacto con la Logia. Quizás cuando empecé a sanar mis heridas y a blindarme con la Luz. Quizás cuando comprendí que mi misión no era solo salvarme a mí mismo, sino compartir lo aprendido con otros.

El caso es que, en los últimos años, los ataques se intensificaron de una forma que ya no podía atribuir a la simple mala suerte. Las coincidencias eran demasiadas. Demasiado precisas. Demasiado quirúrgicas.

El Cabal, el gobierno oculto, los Arcontes —llámalos como quieras— empezaron a lanzarme todo su arsenal. Enfermedades que aparecían de la nada. Caminos laborales que se cerraban uno tras otro. Dificultades económicas que me acorralaban contra las cuerdas, como una represalia directa por haberme negado a entregar mi alma al lado oscuro.

La Matrix no soporta a los desertores. Y yo lo soy. Deserté de su ejército de almas dormidas. Y por eso me declararon la guerra.

Durante un tiempo, el miedo y la desesperación tocaron a mi puerta. No voy a fingir que soy un superhombre inmune al desánimo. Hubo noches en que el insomnio me devoraba. Días en que la incertidumbre pesaba como una losa sobre mi pecho. Pero algo había cambiado en mí. Algo que hizo que, incluso en medio de la tormenta, no me rindiera.

Ese algo era la gratitud.

Puede sonar extraño. ¿Gratitud? ¿En medio de la guerra? Sí. Porque en el fondo de mi alma, una voz me repetía sin cesar: "Mira lo que has sobrevivido. Mira lo que has aprendido. Mira lo que eres." Y esa voz no era un autoengaño para consolarme. Era la certeza de que cada ataque del enemigo me estaba tallando, me estaba puliendo, me estaba preparando para algo más grande.

La gratitud es el arma secreta del guerrero de la Luz. No la gratitud ingenua que niega el dolor. No la gratitud servil que da las gracias al verdugo. Hablo de la gratitud consciente que reconoce el valor de la prueba incluso antes de haberla superado. La gratitud que transforma el veneno en medicina.

Cada enfermedad, cada carencia, cada puerta cerrada empezó a revelarme su propósito oculto. Eran pruebas. Eran filtros. Eran cinceles que esculpían al Águila que siempre había estado dentro de mí, esperando su momento para alzar el vuelo.

Hoy puedo decir, con el corazón lleno y los ojos bien abiertos, que acepto la guerra. No con odio, no con rencor, no con sed de venganza. Acepto la batalla con gratitud,

porque sé que detrás de cada dificultad superada, el camino se ensancha y la Luz se revela en toda su dimensión.

Si estás leyendo esto y sientes que la vida te está golpeando sin piedad, no te rindas. Tal vez, solo tal vez, también a ti te han declarado la guerra porque intuyen que eres más poderoso de lo que tú mismo crees. Prueba a cambiar la queja por la gratitud y observa qué ocurre. La gratitud no elimina el problema, pero te da la fuerza para atravesarlo sin perder el alma en el intento.

CAPÍTULO 10: LOS EVANGELIOS QUE LA IGLESIA NO QUIERE QUE LEAS

Durante siglos, la Matrix religiosa ha controlado a la humanidad con un arsenal de miedo y culpa. Nos han dicho que solo hay un camino, una verdad y una vida. Que la salvación depende de obedecer a una jerarquía eclesiástica, de aceptar sin chistar una serie de dogmas y de cerrar los ojos ante cualquier texto que no haya sido aprobado por el poder establecido.

Pero hubo un tiempo, en los primeros siglos de nuestra era, en que el cristianismo era una selva viva de ideas, revelaciones y búsquedas. Un tiempo en que muchos otros evangelios circulaban entre las comunidades gnósticas, ofreciendo una visión muy distinta de Jesús y de su mensaje. Esos textos fueron perseguidos, prohibidos, quemados. Y a quienes los leían, los declaraban herejes.

Hoy quiero hablarte de cinco de esos evangelios malditos. Cinco llaves que la Iglesia no quiere que tengas, porque si las lees con el corazón abierto, te liberarán del miedo y te devolverán la soberanía sobre tu propia alma.

El Evangelio de Judas: la traición que no fue tal

La versión oficial nos dice que Judas fue un vil traidor que vendió a Jesús por treinta monedas. Pero el Evangelio de Judas, un texto gnóstico del siglo II, cuenta algo muy distinto. Según este manuscrito, Judas era el discípulo más cercano al Maestro, el único que entendió el verdadero propósito de su misión. Jesús le pidió expresamente que lo entregara para que su espíritu pudiera liberarse del cuerpo físico, cumpliendo así el plan divino de redención.

¿Traición o acto supremo de amor? La Matrix religiosa necesitaba un villano. Necesitaba demonizar al pueblo judío. Y construyó la leyenda del traidor durante siglos. El Evangelio de Judas desmonta esa mentira y nos muestra a un Maestro que no fue víctima de las circunstancias, sino dueño absoluto de su destino.

El Evangelio de Felipe: el amor que incomoda

Este texto contiene una bomba teológica: describe a María Magdalena como la compañera de Jesús y afirma que el Maestro la besaba. ¿Era un vínculo espiritual o carnal? Los expertos debaten. Lo que es seguro es que la Iglesia primitiva no podía tolerar la idea de un Jesús plenamente humano, casado o vinculado a una mujer. Eso habría puesto en peligro el modelo de sacerdocio exclusivamente masculino y la demonización de la sexualidad que tanto poder ha dado a la institución.

El Evangelio de Felipe nos devuelve a un Jesús íntegro, que integra lo masculino y lo femenino, que no huye del amor humano sino que lo eleva.

El Evangelio de Tomás: el Reino está dentro de ti

Este es mi favorito. No narra milagros ni la pasión ni la resurrección. Es una colección de dichos secretos de Jesús, y uno de ellos es demoledor: "El Reino está dentro de vosotros y fuera de vosotros. Cuando os conozcáis a vosotros mismos, seréis conocidos y sabréis que sois hijos del Padre Viviente."

¿Dónde queda la necesidad de una Iglesia? ¿Dónde queda la jerarquía? El Evangelio de Tomás elimina a todos los intermediarios y te pone cara a cara con tu propia divinidad interior. Por eso fue condenado. Por eso es peligroso.

El Evangelio de Pedro: la cruz que habla

Este evangelio defiende el docetismo, la doctrina de que Jesús solo parecía humano y que no sufrió realmente en la cruz. Describe una cruz parlante y una resurrección presenciada por multitudes. Aunque esta idea fue rechazada por herética, encierra una verdad metafísica poderosa: el espíritu no sufre. El cuerpo es una envoltura temporal. La muerte es un tránsito, no un castigo.

El Evangelio de Marción: el Dios del Amor contra el Demiurgo

Marción fue el primero en atreverse a decir lo que muchos pensaban: el Dios vengativo y cruel del Antiguo Testamento no puede ser el mismo Dios amoroso predicado por Jesús. Propuso que eran dos entidades distintas. Un Demiurgo inferior —Yahvé— que gobierna este mundo con leyes, castigos y sacrificios, y un Dios supremo, absolutamente amoroso, al que Jesús llamaba "Padre".

La Iglesia declaró hereje a Marción, pero su idea sobrevivió subterráneamente en todas las corrientes gnósticas. Hoy, cuando veo a la élite adorar al Dios del poder y del miedo, mientras nosotros buscamos la Fuente del Amor incondicional, no puedo dejar de pensar que Marción tenía razón.

Estos cinco evangelios no son piezas de museo. Son munición espiritual. Te enseñan que Judas no era un traidor, sino un iniciado. Que María Magdalena no era una prostituta, sino la compañera del Maestro. Que el Reino está dentro de ti y no en un templo de piedra. Que el sufrimiento es una ilusión del cuerpo y que el Dios del Amor no tiene nada que ver con el dios del control.

Si alguna vez te has sentido oprimido por el dogma, si alguna vez has sospechado que la verdad es más grande que la versión oficial, busca estos textos. Léelos. Y verás cómo las cadenas empiezan a caer solas.

CAPÍTULO 11: LA HERMANDAD DE LUZ

Durante mucho tiempo creí que el amor, para ser completo, necesitaba un contrato. Un anillo. Una firma. La promesa de estar juntos hasta que la muerte nos separara. Así me lo habían enseñado. Así lo repetía la Matrix en cada película, en cada canción, en cada sermón.

La vida me demostró que estaba equivocado.

Hace catorce años conocí a una mujer. Desde el primer instante en que nuestras miradas se cruzaron, algo resonó en lo más profundo de mi ser. No fue el típico enamoramiento que nubla la razón y enciende el deseo. Fue otra cosa. Una sensación de reconocimiento. De memoria antigua. Como si nuestras almas ya se conocieran de antes, de otras vidas, de otros tiempos. Y supe, sin necesidad de palabras, que nuestro encuentro no era fruto del azar, sino la continuación de una historia que habíamos empezado mucho antes de esta encarnación.

Ella es una mujer profundamente identificada con la vida, con la naturaleza, con la sencillez de las cosas que realmente importan. Ama los árboles, los animales, el silencio de un atardecer. Su presencia es serena, auténtica, libre de las máscaras que la sociedad impone. No necesita buscar respuestas en los libros de metafísica ni en las prácticas meditativas, porque su conexión con lo esencial fluye de forma natural, casi instintiva.

Con el tiempo, en lugar de distanciarnos por nuestras diferencias, nos fuimos acercando. Surgió entre nosotros una amistad profunda, una hermandad que no necesitaba papeles ni promesas para ser real. Hoy la llamo mi hermana de luz.

Pasamos mucho tiempo juntos. Somos confidentes. Nos cuidamos. Nos apoyamos. Hemos identificado que esta relación es más auténtica que la de muchos esposos o parejas que conocemos, porque no hay imposiciones, no hay chantajes, no hay obligaciones. Solo hay compañía libre, elegida cada día, renovada cada mañana sin necesidad de firmar ningún contrato.

Algo en mi interior, y en el de ella, nos dice que no sabemos cuándo, cómo ni de qué forma, pero terminaremos envejeciendo juntos. No como amantes, no como cónyuges, sino como dos almas que se eligieron antes de encarnar para ser faros la una para la otra en medio de la tormenta.

Ella es mi labor de vida. La persona con la que debo compartir modestamente mis experiencias, mis vivencias, mi conocimiento. Sin prisa. Sin sermones. Sin forzar nada. Porque la Luz no se impone; se irradia. Y confío en que, con el tiempo, su alma irá recordando lo que ya sabe, al ritmo que marque su propio Yo Soy.

Mientras tanto, yo la cuido y ella me cuida. Y en esa sencillez he encontrado una de las formas más puras del amor: el amor sin apego, sin expectativas, sin condiciones.

Este capítulo es un homenaje a ella. A todas las personas que nos acompañan en el camino sin necesidad de compartir nuestras mismas creencias. A todos los vínculos que no encajan en las casillas de la sociedad pero que son auténticos, profundos y verdaderos. Porque el amor no tiene una sola forma. Y a veces, la hermandad de luz es la más elevada de todas.

CAPÍTULO 12: EL LEGADO

He llegado al final de este testimonio sin saber muy bien cómo despedirme. No porque me falten palabras, sino porque siento que lo que aquí he contado no me pertenece del todo. Es un legado que me fue entregado sin pedirlo, que he custodiado con mi vida y que ahora deposito en estas páginas para quien tenga ojos para ver y oídos para oír.

No soy un maestro. No soy un gurú. No soy un santo. Soy un hombre que nació roto, que coqueteó con el abismo, que murió dos veces y volvió, que fue tentado por el poder oscuro y dijo que no, que aprendió a blindarse con la Luz y que, después de sesenta y dos años de batallas, ha decidido compartir sus armas por si a algún alma perdida le sirven.

Este capítulo final no es un punto de llegada, sino un punto de partida. Un resumen de las herramientas que he compartido a lo largo del libro. Un manual de instrucciones para el guerrero de la Luz que se enfrenta a la Matrix sin más armas que su voluntad y su conexión con la Fuente.

El arsenal del Águila

Primero: Recupera tu soberanía energética. Cada mañana, al despertar, declara en voz alta o en silencio: "Yo Soy un ser soberano de Luz. Solo permito la entrada en mi campo a las energías que vibran en la frecuencia del Amor Incondicional. Todo lo demás es expulsado a su lugar de origen." Esta declaración sella tu aura y te blinda contra los ataques del bajo astral.

Segundo: Activa tu Pentagrama. Si tienes un amuleto del Pentagrama, conságralo con los cinco Nombres sagrados: EHIEH, YHVH, ELOHIM, ADONAI y SHADDAI. Tócalo cada día y recuerda que eres el quinto elemento, el Espíritu que domina sobre la materia. Si no tienes amuleto, traza el Pentagrama en el aire con tu dedo. El poder no está en el metal, sino en tu voluntad.

Tercero: Sella tu campo con la Merkaba. Antes de dormir, visualiza dos pirámides de luz que se cruzan en tu corazón y giran en direcciones opuestas. Esa esfera dorada es tu vehículo de luz, tu blindaje nocturno. Sobre ella proyecta el Nombre EHIEH y duerme en paz.

Cuarto: Escucha el Shabd. Si practicas la meditación en la Luz y el Sonido, dedica un tiempo cada día a sintonizar la corriente audible que fluye en tu interior. Si no has recibido esta iniciación, busca un Maestro competente o, simplemente, siéntate en silencio y presta atención al sonido interno que brota del Tercer Ojo. Ese sonido es la Voz de la Fuente. Escucharlo es volver a casa.

Quinto: Transmuta tu energía sexual. No la reprimas. No la derroches. Aprende a canalizarla hacia arriba, por el canal central, hacia el corazón y el Tercer Ojo. La

energía sexual es el combustible más poderoso del cuerpo humano. Usarla con conciencia es la diferencia entre un esclavo y un soberano.

Sexto: Lee los Evangelios prohibidos. Busca los textos que la Iglesia no quiere que leas: Judas, Felipe, Tomás, Pedro, Marción. En ellos encontrarás a un Jesús muy distinto del que predican los púlpitos. Un Jesús que no pide adoración, sino autoconocimiento. Que no te amenaza con el infierno, sino que te muestra el Reino dentro de ti.

Séptimo: Practica la gratitud como arma. Cuando los ataques arrecien, cuando la Matrix te golpee sin piedad, cambia la queja por la gratitud. No para negar el dolor, sino para recordarte que cada prueba es un cincel que te está esculpiendo. Da gracias a la Fuente por la fuerza que te ha dado para sobrevivir. Y verás cómo el enemigo pierde su poder sobre ti.

Octavo: Busca a tu hermandad de luz. No estás solo. Hay otras almas que, como tú, han despertado o están despertando. Busca a aquellos con quienes puedas compartir el camino sin imposiciones, sin chantajes, sin obligaciones. La hermandad de luz es el antídoto contra la soledad del guerrero.

Despedida

No sé si nos volveremos a encontrar en estas páginas. Quizás algún día escriba una segunda parte. Quizás este sea el único libro que me permita compartir. En cualquier caso, quiero que sepas que he volcado en él lo mejor de mí. Mis cicatrices, mis victorias, mis armas.

Si algo de lo que has leído te ha servido, si una sola frase te ha encendido una chispa de esperanza, habré cumplido mi propósito. No busco fama. No busco dinero. Solo busco ser un faro en la tormenta, como otros lo fueron para mí.

Ahora te toca a ti. Coge estas herramientas. Adáptalas a tu camino. Y sobre todo, no te rindas. La Luz ya ha ganado esta guerra. Solo es cuestión de tiempo que la Matrix se derrumbe bajo el peso de sus propias mentiras.

Soy Marco Antonio. Fui el Escorpión. Hoy soy el Águila. Y tú también puedes serlo.

EPÍLOGO: LA LUZ QUE TE PRECEDE

Si has llegado hasta aquí, no ha sido por casualidad. Las casualidades no existen. Algo en tu interior te ha empujado a leer estas páginas, a seguir el viaje de un alma que, como la tuya, buscaba respuestas en medio del ruido de la Matrix. Y si estás leyendo esto ahora, en este preciso instante de tu vida, es porque estás listo. Listo para recordar. Listo para despertar.

No sé cuál sea tu historia. No sé qué heridas te hayan infligido ni qué batallas estés librando en este momento. Pero sí sé una cosa: la Luz te precede. Antes de que nacieras en este cuerpo, antes de que tus padres te concibieran, antes de que el mundo te pusiera sus etiquetas y sus cadenas, tú ya eras. Y lo que eras no ha dejado de ser. La chispa divina que te anima es eterna. Nadie puede arrebatártela. Ningún Arconte, ninguna enfermedad, ninguna traición.

Tal vez ahora mismo te sientas como yo me sentí tantas veces: roto, solo, confundido. Tal vez estés coqueteando con el abismo, tentado por las promesas del poder material. Tal vez hayas tocado fondo y te preguntes si vale la pena seguir luchando. Si es así, quiero que sepas algo: el fondo no es el final. Es el umbral. La noche más oscura antecede al amanecer más brillante. Y el hecho de que sigas respirando, de que sigas buscando, de que hayas tenido la fuerza de llegar hasta esta última página, es la prueba irrefutable de que tu alma no se ha rendido.

No te conozco, pero te quiero. Te quiero porque somos hermanos en la misma guerra. Porque compartimos el mismo enemigo invisible y el mismo anhelo de fundirnos con la Fuente. Porque, en el fondo, tú y yo somos uno. Y porque sé que algún día, del otro lado del velo, nos reconoceremos y celebraremos juntos la victoria.

Mientras tanto, camina con la frente alta. No temas a la oscuridad. La Luz que te precede es más fuerte que cualquier sombra. Activa tu Pentagrama. Escucha el Shabd. Cuida de tu hermandad de luz. Y recuerda siempre, en cada paso, en cada prueba, en cada duda: tú no eres el escorpión atrapado en el fango. Eres el águila que remonta el vuelo hacia el sol.

La Matrix caerá. La Luz ya ha ganado. Y tú, alma guerrera, eres parte de esa victoria.

Hasta que nos encontremos en el No Nombrado.

Marco Antonio